

La Libertad

Periódico Tradicionalista

Año II

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
5, Plaza del Hospital 5.

Tortosa 30 de Agosto de 1902.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
2 reales al mes.

Núm. 74

Querol á Tortosa

Sr. Director de LA LIBERTAD.

Mi distinguido amigo: Honrado este año por nuestra Excelsa Patrona la Virgen de la Cinta con el cargo de primer Mayordomo, ofrecí el Estandarte de la Real Cofradía al preclaro hijo de Tortosa D. Agustín Querol; y al contestarme con su aceptación me escribe la adjunta carta que por considerarla también dirigida á los hijos todos de nuestra ciudad, se la remito por si se digna darle publicidad.

Le anticipa las gracias y se reitera de V. affmo. amigo y S. S. q. b. s. m.

Luis Tallada.

Sr. D. Luis Tallada.

Tortosa.

Mi distinguido amigo:

Agradezco infinito y me conmueve hondamente la distinción que el pueblo de Tortosa me otorga, sin merecimiento de mi parte.

Es Tortosa mi patria, y sobre ello el pueblo de mi predilección. Guarda para mí un doble tesoro: mis recuerdos de infancia, los más gratos de toda mi vida, y las cenizas de mis padres.

De ella salí casi niño á luchar por el pan y por la gloria, sin otro patrimonio que mis sueños de artista; á ella vuelvo después de haber sufrido mucho, de haber recibido en lo recio del combate innumerables heridas; pero vuelvo conservando intacto mi caudal de ingenuidad y de esperanza, y me siento feliz al saludarla como á madre, más feliz aun al sentir que conserva para mí nombre de hijo, amor y caricias maternales.

Si algún triunfo logré, otorgado por agena benevolencia, á ella le ofrezco y á sus pies le pongo. Bien sabe Dios que al intentar conseguirlos, más que mi propia gloria anhelé la honra de mi patria, cuya frente no acierto á ver en sueños más que ceñida de laureles. Y de toda la hermosa patria nuestra, bien sabe V. que el rincón por mí preferido es Tortosa, donde Dios quiso que naciera. ¡Cuántas veces en las horas de gozo ó de lágrimas he sentido hacia el ternura nostálgica; cuántas he deseado poder despertar sus ecos con mis gritos de triunfo ó mis sollozos de amargura!

Llamado por mis paisanos á rendir con ellos público testimonio de mi amor y mi fe, orgulloso de su elección, solamente desearía marchar en medio de ellos, y verme acompañado por todos en el solemne acto á que se me invita.

Digásele V. á los muchos amigos de esa, digales cuán honrado y cuán agradecido me siento, y haga llegar hasta ellos y hasta el pueblo entero

de Tortosa la sincera expresión de mi gratitud y mi afecto.

De V. verdaderamente amigo S. S. q. b. l. m.

A. Querol.

Paisaje aragonés

UNA VISITA (1)

En el curso de una conversación que mantenemos cinco ó seis amigos en un gabinete del hotel de Europa, suena, traído por la casualidad, el nombre de Caveró...

—¿El general carlista?—pregunto interrumpiendo al que habla...

—El mismo— responde mi interlocutor, disponiéndose con un gesto á recobrar el hilo de la charla...

—¿Es hombre inquieto y díscolo ese Caveró?—insisto, mirando con la tenaz impertinencia de un fiscal á quien está en el uso de la palabra...

—Es un hidalgo aragonés que no ha sabido negarse jamás al honrado estímulo de sus convicciones— replica el otro.

En su frase, dicha con comedia entereza, advierto, sin embargo, el calor que infunde la simpatía en lo que decimos á expensas de un ausente.

—Siento no conocer al señor Caveró... Todo el mundo se deshace en elogios de su nombre. Unos ponderan su valor personal, su altivo aislamiento de la política; otros atestiguan con ejemplos su bondad, su cristiano proceder con el prójimo, y todos convienen en que es un hombre cabal por el justo equilibrio de sus ideas y de sus actos... Me felicitaría de conocerle...

Transcurridos quince minutos, un carruaje tirado por dos mulas de zafiro pelambre, arranca con regocijado tróte de la plaza de la Constitución. Dentro del coche vamos un periodista-amigo-mío que se ha prestado á guiarme hasta la morada del General, fuera del radio de Zaragoza, y un caballero militar que se lo jugó todo por Don Carlos en la última guerra civil. Es la hora de la siesta. El cielo, intensamente azul, trasuda fuego; un fuego impalpable que se adhiere á nuestros cuerpos, les empuja y los rinde. El coche se aventura por un dedalo de calles estrechas y sesgadas de morisca traza.

En diez minutos dejamos la ciudad á nuestras espaldas, el coche atraviesa por delante del castillo de la Alfajeria y nos internamos en el campo con marcha acelerada. El calor nos agobia, el polvo de la carretera nos asalta en densos remolinos, y poco á poco la modorra de las tardes estivales cierra nuestros párpados y nos obliga á dormir. De Zaragoza á Utebo, en Garrépinitos, donde está la residencia veraniega del general Caveró, hay un trecho que un par de mulas ágiles franquean en hora y media. Pero hé aquí que inesperadamente se descarría el tiro por descuido

(1) A título de información copiamos de «El Imparcial» este artículo sobre el bizarro general Caveró, queridísimo amigo nuestro.

del cochero y nos metemos en una senda que limita con unos trigales en flor. Nadie advierte la equivocación, y sabe Dios á dónde iríamos á parar sin la celosa oficiosidad de una anciana que se planta en medio del campo para decirnos:

—Reparen los señóricos que por ahí no se va á la torre de don Paco...

El cochero hostiga á las mulas; sesga con violencia las riendas hacia la derecha, y partimos velozmente, hollando los trigales, para rescatar el tiempo perdido. Nadie se opone á aquel desafío. Las mieses pisoteadas por las cascos de las mulas y por los herrajes de las ruedas allá se quedan atrás, abatidas para siempre. Vuelvo la cabeza, porque me parece bárbaro nuestro proceder, y veo todavía á la vieja que nos ha orientado inclinada sobre la linde de la senda, recobrando con trémula y sudosa mano juncos medicinales, que venderá en una botica cualquiera de Zaragoza. Continuamos la marcha, y en el camino se nos encaran, porque van en dirección opuesta, dos hombres á caballo, dos muchachos que nos dejan entrever por las aberturas de las camisas y de los zahones que visten, sus músculos, recios, atezados, á la intemperie.

A uno y otro borde de la carretera se alinean los álamos con sus hojas de plata lustrosa, los madroños que nos muestran su dentada frondosidad, y algunas higueras, de largo en largo, cargadas de fruto.

A medida que nos internamos la verdura se hace más tupida, más jugosa, como si se nutriera con mantillo del que se emplea para alimentar las vides y los melocotoneros. De vez en cuando nuestros ojos descubren un hilo de agua, ramificación del canal, conducido por una hendidura de la tierra que casi se esconde entre jaras, helechos, zarzamoras y setos silvestres. Apunta el crepúsculo cuando aportamos por la vivienda del General.

Nos sale al encuentro una jauría de perros que nos miran torvos y ladran hostilmente. Un muchacho de la servidumbre de don Paco nos guía por la senda arriba hasta franquear los umbrales de la finca, que está enclavada entre diversos predios de copiosa verdura.

Los perros nos escoltan aullando con menos agresividad que antes. Han conocido que no somos espías de su sueño, que venimos con miras apacibles y que no nos proponemos desbaratar ninguna intenciona carlista.

—Vayan por ahí—nos dice el muchacho, señalando con el índice de la diestra mano una vereda situada entre un muro de cal y canto y un bardal.

Entramos en una extensión de terreno en la cual el huerto y el jardín se han confundido espontáneamente, pues no lejos de un plantío de coizas advierto una empingorotada mata de claveles purpurinos. Continuamos andando; hay á la derecha un cenador de cristales revestido con zunchos de hierro, un palomar y viviendas para conejos. El general Caveró se recrea fomentando la cría de estos bichos, que, por otra parte, se le muestran agradecidos y sumisos. Circunda el huerto y el jardín una cadena de rosales, madreselvas, clavellinas, geráneos, begonias y otras flores que crecen espalderadas sobre los muros de la finca, y la animan con su riqueza multicolor y la perfuman generosamente.

Penetramos en un local reducido, en la planta baja, dotada con muebles sencillos y de buen gusto. Hay en el centro una mesa de caoba con arrequines de talla, una docena de sillas por el mismo estilo y cuatro rinconeras. Sobre diversas ménsulas adheridas á las paredes posan los bustos de Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Tirso de Molina. El General, que es hombre instruido, lee á nuestros clásicos asiduamente. Don Paco nos recibe con festiva llaneza. Es hombre garrido, de noble presencia, franco hasta la acometividad, curioso de las cosas del espíritu, y se expresa ingenuamente, como quien no pone disimulos entre el pensamiento y la palabra. ¿Su edad? No importa. Ha vivido mucho, ha peleado con terco denuedo por el ideal, por la amistad, por las convicciones, por una porción de cosas que mira la juventud contemporánea con egoísta desdén.

—Está usted muy grueso y un poco viejo, mi general,—le digo cuando narra hechos de armas y aventuras á campo libre.

—Es verdad,—contesta resignadamente;—pero aun me considero vigoroso para montar á caballo y dirigir una marcha. Y sus ojos oscuros, surcados por endebles, estrias de sangre á causa de la obesidad, centellean dentro de su cuencas.

—¿Cree usted posible el desquite de los carlistas?—le pregunto sonriendo.

—Permitame usted— replica en el mismo tono—que no le conteste. Yo seré siempre el mismo. Ni creo ni dejo de creer. Si la Causa me necesita, por ella daré lo que me queda de vida. Mis convicciones, lejos de debilitarse, se han robustecido con el tiempo.

—He querido decir, mi general, si considera usted viable y con probabilidades de éxito un levantamiento carlista?

—Mire usted, señor Bueno; lo que yo crea de esto, no se lo he de decir á usted ni á nadie. Un desmedido celo de publicidad les conduce á ustedes, los periodistas, á exagerar las proporciones de las cosas. Estoy escarmentado. Perdóne usted, pues, que me reserve...

Me callo porque reconozco que el señor Caveró tiene razón. La oficiosidad de algunos compañeros míos le ha puesto varias veces en compromisos muy enojosos. Todavía hace un mes que ese pobre Moncada, gobernador civil, ó lo que sea, de Zaragoza, montó una guardia en los alrededores de la quinta en que reside el prestigioso jefe carlista.

Caveró nos invita á comer. Es, como todo gentleman farmer, muy hospitalario y muy inclinado á regalar con largueza á sus huéspedes. Rebusamos el convite y nos ponemos en marcha. La tarde muy de vencida se anega en las sombras. Apenas si á lo lejos asoman entre una neblina azulada las crestas del Moncayo. Subimos en el carruaje, el cochero azuca á las mulas con la tralla y emprendemos el regreso. Y en el silencio del anochecer el concierto que nos dan las cigarras y los grillos tiene la solemidad lírica de una égloga de Virgilio.

Manuel Bueno.

El abanderado

I

Su regimiento estaba formado en batalla en un declive del camino de hierro, y servía de blanco á todo el ejército prusiano, colocado enfrente guarecido por los árboles. Se batían con los alemanes á ochenta metros de distancia, y por más que los oficiales gritasen: «Boca abajo» nadie quería obedecer, y el valiente regimiento quedaba en pie, agrupado en derredor de su bandera.

En aquel vasto horizonte iluminado por el sol poniente, y en medio de los pegajales de trigo espigado ya, esa masa de hombres envueltos entre el humo, se parecía á un rebaño sorprendido en campo raso por una formidable tormenta.

«¿Cuánto plomo cae en aquel declive! No se oía más que el estruendo de los tiros, el ruido sordo que hacían los cuerpos cayendo en la zanja y el sibido de las balas que hendían los aires de un extremo al otro del campo de batalla. De cuando en cuando la bandera se levantaba por encima de todas las cabezas agitada por el viento de la metralla y luego desaparecía entre el humo. Entonces se oía una voz grave y serena que, dominando el ruido de los tiros, el estertor de los agonizantes y los quejidos de los heridos, decía: «Reuníos en torno de la bandera, hijos míos; seguidla y defendedla!»

Y en el instante un oficial se lanzaba en medio de la humareda, y la enseña flotaba de nuevo alentando á los fatigados, enardeciendo á los héroes y vivificando á todos.

«Veintidos veces cayó!

Veintidos veces su asta, tibia aún, escapada de una mano moribunda, fué recogida y levantada en alto en el fragor del combate.

Cuando después de puesto el sol lo que quedaba del regimiento (un puñado de valientes) se batió en retirada, la bandera no era más que un girón llevado por el sargento Hornus, vigesimotercero abanderado de aquella jornada.

Este sargento Hornus era un pobre ignorante que apenas sabía firmar y que había necesitado veinte años para conseguir sus galones de subalterno. Todas las miserias sufridas se veían en su frente estrecha, en su espalda agobiada por el peso del morral, y en ese modo de andar automático que adquieren los soldados veteranos. Además tartamudeaba algo; pero para ser abanderado no hace falta la elocuencia.

La noche misma de aquella batalla, su coronel le dijo: «Tienes la bandera, valiente; pues bien, consévala, que es la enseña gloriosa de la patria.»

Y en su misero capote de campaña, la cantinera hilvanó en seguida el galón dorado de subteniente.

Esa fué la única verdadera alegría que experimentó en su vida, siempre tan humilde. Su encorvada espalda se enderezó, varió su modo de ser, y el que estaba acostumbrado á andar constantemente mirando al suelo, tuvo desde aquel día su vista siempre alzada y fija en el girón de tela que habla recibido, para mantenerlo sin cesar derecho, y tan alto, que no le alcanzara ni la muerte, ni la traición ni la derrota.

No habla en el mundo ser más feliz que Hornus en los momentos de batalla, cuando tenia el asta con las dos manos bien apoyada en su funda de cuero. Ni hablaba ni se movía, y miraba su bandera como si fuese una reliquia. Toda su vida, así como toda su fuerza, se reconcentraban en sus dedos crispados alrededor de esa hermosa enseña, y sus ojos, que veían á los prusianos bien de frente, parecían decirles: «¡A ver cómo venís á arrancármela!»

Nadie lo ensayó, ni siquiera la Parca. Y después de las acciones de Borny y de Gravelotte, que fueron las más sangrientas, la bandera salió de todas partes cada vez más rota y más agujereada, pero siempre llevada gloriosamente por Hornus.

III

Llegó Septiembre. El ejército hallábase acampado bajo los muros de Metz, y durante el largo tiempo pasado allí, en aquel campo húmedo, en el que los cañones se enmohecían y en donde los aguerridos y valientes soldados, aniquilados por la inacción, la carencia de víveres y de noticias, morían de fiebra y de fastidio al lado de sus armas, nadie tenía ya esperanza.

Sólo Hornus confiaba aún en una completa victoria.

Su andrago tricolor lo era todo para él, y mientras lo veía á su lado le parecía que nada se habla perdido todavía.

Desgraciadamente, como ya no se batían, el coronel guardaba la bandera en su pabellón, situado en uno de los arrabales de Metz, y el valiente abanderado se hallaba poco más ó menos como una madre que tiene á su hijo criándole fuera de su casa, pues sin cesar pensaba en ella.

Cuando se aburría demasiado, iba á visitar su reliquia, y viéndola siempre en el mismo sitio apoyada contra la pared, volvía más tranquilo, lleno de valor y de paciencia, y al acostarse en su tienda chorreando agua, no soñaba más que con batallas, con marchas hacia adelante y con su bandera desplegada flotando allá en las trincheras prusianas.

Una orden del día del mariscal Bazaine desvaneció todas las ilusiones de tan valiente militar.

Al despertarse una mañana, notó un gran rumor en el campamento: los soldados formando grupos, gritaban furiosos señalando la ciudad, como si su cólera designara á un culpable, y vociferaban: «¡Vamos por él!... ¡Qué le fusilen!... Los oficiales se callaban, andaban separados, con la cabeza baja, como si hubieran querido ocultar su vergüenza á los soldados.»

Era, en efecto, muy vergonzoso lo que ocurría.

Concluían de leer á ciento cincuenta mil hombres armados, fuertes, valerosos aun, la orden del Mariscal que los entregaba, sin combate, al enemigo.

«¿Y las banderas? preguntó Hornus palideciendo de coraje.

«Las banderas se entregarán también con los fusiles y todo cuanto queda de pertrechos, todo...»

«¡tru... tru... Trueno de Dios! ¿tártamudeó el pobre hombre. No tendrán con seguridad la mía...»

Y echó á correr hacia la ciudad.

VI

Allí también reinaba gran animación. Los nacionales, los burgueses, la guardia móvil, gritaban dirigiéndose hacia el pabellón del Mariscal. Hornus ni veía ni oía nada; hablaba solo siguiendo la calle del arrabal.

«¡Quítame mi bandera! ¡Vaya, eso no es posible! No tienen derecho para ello. ¡Que dé él á los prusianos lo que le pertenece, sus coches dorados y la vajilla de plata que traía de Méjico! ¡Pero la bandera es mía... es mi honra, y prohibo que me la toquen!»

Todas estas frases eran entrecortadas por la velocidad de su carrera y la tartamudez; pero el viejo soldado tenía su idea, y era coger su bandera. llevarla en medio del regimiento y pasar por encima del cuerpo de los prusianos con todos los que quisieran seguirle.

Cuando llegó allá, ni siquiera le dejaron entrar.

El coronel, furioso también, no quería ver á nadie... pero Hornus no atendía á razones.

Juraba, gritaba, empujaba al ordenanza.

«Mi bandera... quiero mi bandera...»

«Por fin una ventanilla se abrió.

«¿Eres tú, Hornus?»

«Sí, mi coronel, yo...»

«Todas las banderas están en el Arsenal... ve allí y te darán un recibo...»

«¿Un recibo? ¿Para qué?»

«Es la orden del Mariscal...»

«Pero, mi coronel...»

«Mil bombas, déjame en paz!»

Y la ventana se cerró.

Hornus se tambaleaba como si estuviese ebrio.

«Un recibo... un recibo... repetía maquinalmente.

Por fin se puso en marcha no comprendiendo más que una cosa, y era que la bandera permanecía en el Parque, y que era preciso recuperarla á cualquier precio.

V

Las puertas del Arsenal estaban abiertas de par en par para dejar pasar los furgones prusianos que esperaban en el patio.

Hornus se estremeció al entrar.

Allí vió á todos los abanderados tristes y silenciosos, con la cabeza descubierta.

En un rincón se hallaban todas las banderas del ejército de Bazaine, amontonadas y confundidas en el suelo fangoso.

Nada más triste que esos trozos de seda con los colores nacionales, esos retazos de flecos de oro y de astas labradas; todos esos gloriosos restos tirados por el suelo y llenos de agua y de barro.

Un oficial de Administración las tomaba una por una, y nombrando el regimiento á que pertenecían, y el abanderado avanzaba para tomar un recibo. Tíenos é impasibles, dos oficiales prusianos presenciaban el cargamento de los carros.

«Y así os fuisteis, santos y gloriosos labradores, desplegando vuestros jirones y barriendo tristemente el suelo como los pájaros que tienen rotas las alas, y cada uno de vosotros os llevasteis algo de la patria! El sol de las largas marchas dejó señales entre vuestros pliegues, y los agujeros de las balas servían para conservar el recuerdo, de los que cayeron sin vida debajo de vuestra sombra!»

«Hornus, te llaman. Ve á tomar tu recibo.»

«¿Qué le importaba á él aquel documento!

La bandera estaba allí, ante sus ojos. Sí; era la suya, la más hermosa, la más rota de todas. Y viéndola, se le figura estar aún allá arriba en el declive. Oía silbar las balas y la voz del coronel que decía: «¡Reuníos en derredor de la bandera, hijos míos!» Luego se le representaban sus veintidos compañeros tendidos en el suelo y él, vigesimotercero, precipitándose á su vez para levantar y sostener la pobre enseña que se caía por falta de sostén.

«¡Ah! Aquel día juró defenderla y guardarla hasta morir... Y ahora...»

Pensando en esto, la sangre toda de su corazón afuyó á la cabeza. Embragado, loco, se abalanzó al oficial prusiano, le arrancó su querida bandera y procuró levantarla todavía muy alta, muy derecha, gritando: «¡Reuníos en tor!...» Pero su voz se ahogó en su garganta, sintió temblar el asta y escapábase de las manos.

En el aire impuro, mortal, que se respira en las ciudades que se rinden, las banderas no pueden ya flotar, así como no puede vivir el que tenga un gran corazón.

Y el antiguo soldado Hornus cayó como herido por un rayo.

Alfonso Daudet.

Fiestas de la Cinta

El pendonista Sr. Querol ha ofrecido las borlas al Sr. Alcalde y á D. Ramón Serve-to. Ha estado acertadísimo el eximio artista.

Ha visitado al teniente coronel Sr. Lachapelle, Gobernador militar de esta plaza, el Alcalde accidental y un individuo de la Comisión de festejos, invitándole á que el elemento militar, tomara parte en la retreta y en la fiesta de la bandera española, anunciadas ambas, en el programa de festejos de la Cinta.

Deferente como de costumbre, el Sr. Lachapelle, ha ofrecido á los visitantes, todo el apoyo que de él dependa, para dar la mayor brillantez posible á ambos actos.

Fiesta de la bandera

Sin ninguna clase de hipérbole, bien podemos asegurar que está hermosa y patriótica fiesta tendrá mucha resonancia, por su significación, por celebrarse en tierra catalana donde cuatro miserables hicieron demostraciones separatistas; y porque ha de arraigar allí donde palpita un corazón español.

Estamos ya saboreando todas las bellezas del festival. Contemplamos á los niños, la nueva generación, ostentando orgullosos en sus pechos los lazos con los colores nacionales, como si formaran un ejército infantil que ante la amenaza de una invasión extranjera, se adiestrara en el manejo de las armas, para reemplazar en plazo breve á los soldados veteranos. Ellos nos recuerdan á los pequeños héroes de Edmundo de Amicis y traen á nuestra mente la simpática figura del cornetilla del batallón que con un toque inesperado confunde al enemigo y salva á los suyos.

El Ayuntamiento y la Comisión de festejos han invitado para esta fiesta al Excmo. Capitán General de Cataluña Sr. Bargés.

La próxima semana serán repartidas entre nuestros conciudadanos las invitaciones para tan solemne acto.

Poco antes de cerrar nuestra edición hemos leído en nuestros estimados compañeros *El Correo Español* y *el Correo Catalán* dos extensos artículos ocupándose de esta fiesta, y haciendo de nuestra humilde publicación elogios inmerecidos que agradecemos sin embargo con toda nuestra alma.

Y á última hora también, nos enteramos de que unos traidores y canallas, han pisoteado y escarnecido en Vendrell la bandera española. ¿Pero este es posible? ¿A este extremo hemos llegado? Urge que se corte de raíz ese árbol maldito, que debe de tener por savia la baba asquerosa de los reptiles.

Atronemos el espacio con el grito de ¡Viva España!

Religión

Militares cristianos.—Un oficial superior del Ejército francés se ha negado á desvanear su espada contra unas pobres religiosas perseguidas. Sin ruido, sin ostentación, pero con la serena tranquilidad del deber cumplido, M. De Saint Rémy, teniente coronel del 2.º de Cazadores, contestó al General Frater que, á instancias del Prefecto de Morbihan, le comunicó la orden de poner uno de los escuadrones del regimiento á disposición del Subprefecto de Pontivy, con objeto de proteger la clausura de la Escuela congregacionista de Lanoué.

«Soy cristiano y no puedo tomar parte en un acto contrario á mi fe y á mis sentimientos religiosos.»

Acción tan noble y tan hermosa no ha podido menos de crispar los nervios de los sectarios. El coronel Saint Rémy ha sido relucido en el castillo de Belle-Isle, y pronto comparecerá ante un Consejo de guerra.

Al oficial que habla soñado con laureles recogidos en famosos campos de batalla, para adorar con ellos la frente de su Patria, se le comunica la orden de arrojar la espada y empuñar la ganzuza para forzar las puertas de la Escuela de una aldea, y sin tener en cuenta que aquel oficial es un caballero, se le quiere obligar á que arroje desapiadadamente á la calle á cuatro ó cinco mujeres, á cuatro ó cinco religiosas indefensas. El oficial, con un gesto de supremo desdén, ha respondido:

«No; ya estoy harto de vosotros. Podéis castigarme si os place, pero no tenéis derecho para humillarme hasta ese punto.»

Esto que parece un caso aislado y sin importancia, la tiene grandísima, haciendo presagiar que no ha de ser un hecho, sin imitadores, antes bien pudiera ser el primero de una serie de protestas que se originasen si el Gobierno sectario de M. Combes persiste en poner al servicio de su mala causa al Ejército, que tiene por misión la defensa y salvación de la Patria.

Efectivamente; el ejemplo del coronel Saint Rémy, según noticias últimamente recibidas, ha sido seguido por otro coronel y por un capitán, quienes se negaron á poner sus fuerzas á disposición de los perseguidores de religiosas.

Por el honor de Francia y de su glorioso Ejército debemos creer que son muchos los corazones que laten al unísono con el del coronel Saint Rémy, y que en las filas del Ejército ha sido recibido con satisfacción el grito de protesta lanzado por un soldado cristiano y caballero á la faz de los jacobinos de París.

La Cofradía del Smo. Sacramento celebra la función dominical en la iglesia del Seminario. Por la mañana á las 8 se expone á S. D. M. con misa rezada. A las 11 habrá otra misa. La función de la tarde es á las 4 y 1/2. Los asociados á la Cofradía harán vela durante el día á Jesús Sacramentado. Mañana, el Gremio de labradores celebrará la fiesta de S. Antonio Abad en el ermitorio del barranco de Ansedó. Se dirán

dos misas rezadas, y á las 9 función en que ebanzara las glorias del Santo el Rdo. D. José Querol, Pbro. Por la tarde rosario y procesion por la plazuela del Santuario con la imagen del Santo.

Se reza el Sto. Rosario en la Capilla de Ntra. Sra. de la Cinta á las 7 tarde. Desde el día 1.º del próximo mes será á las 6 y 1/2.

El próximo sábado, víspera de la festividad de Ntra. Excelsa Patrona, se cantará á las 7 de la tarde en la Capilla de la Virgen de la Sta. Cinta SOLEMNE ROSARIO, bajo la dirección del Maestro D. Eduardo Torres, Pbro.

Política

Allí hay que mirar.

Con motivo de los dolorosos acontecimientos ocurridos en Francia provocados por el ateo Combes y ejecutados por sus serviles esbirros, todo el mundo ha tenido fija la mirada varios días en la heroica Bretaña, noble tierra de la legitimidad y nervio del catolicismo en Francia.

Allí reside todavía el espíritu cristiano caballeresco y batallador de los antiguos vendedanos, de aquellos paisanos que mal armados y peor municionados tuvieron en jaque á los ejércitos revolucionarios franceses varios años al grito de viva la Religión, la Patria y el Rey, como ocho lustros más tarde lo hicieron los legitimistas españoles con las huestes liberales en el Norte, en Cataluña y en el Centro; como lo volverán á hacer cuando el Caudillo cristiano que mantiene enhiesta aquella santa bandera, llame con el clarín de guerra á todos sus partidarios.

Todos los departamentos franceses han protestado con más ó menos valor contra la inicua tiranía de Combes, quien, como todos los cobardes, se ensaña en los débiles; pero nadie como esa Bretaña nobilísima, cuna de héroes y de mártires, madre de caballeros leales, patria de los grandes sacrificios en honor del Altar y del Trono.

Todo el mundo ha puesto ahora sus ojos en aquella tierra regada con sangre de millares de católicos, todos menos los que con mayor afán debieran estudiar lo que aqueño significa y representa; todos menos los que aseguran que los carlistas estorbamos el triunfo de la Iglesia, sin advertir que los bretones son los carlistas de Francia y que ellos han demostrado ahora, como lo demostraron antes, que son la parte más escogida de la sociedad francesa, la más dispuesta al sacrificio en provecho de Dios y de sus enseñanzas.

Allí hay que mirar para comprender de dónde pueda venir la salvación nacional; preguntese cómo piensan aquellos émulos de los heroicos vendedanos y ellos contestarán que piensan en todo como nosotros los carlistas, y que lo único que nos envidian es que nosotros tenemos un Caudillo que nos llevará algún día á la batalla decisiva contra la Revolución, mientras ellos por su desgracia y la de Francia perdieron su bandera al morir el Conde de Chambord, rey legítimo con el nombre de Enrique V.

Miren hacia aquel lado los que piensan que los carlistas estorbamos y debemos desaparecer, y se convencerán de que sólo los carlistas, hermanos en espíritu y santas creencias de los heroicos bretones, están dispuestos á dar sus vidas los unos, sus intereses otros, en provecho de la Madre de todos, la Religión católica apostólica romana.

Y si á pesar de esto siguen afirmando que estorbamos y ponen además obstáculo á nuestra propaganda en el sentido que sea necesario, tendremos que exclamar dolorosamente:

¡Dios salve á España!

Literatura

ORO VIEJO

FANTASÍA NOCTURNA.

«Para mí da la tierra tantos frutos, nada el pez, paca el bruto, el ave anida, dos mundos cife el mar, luce la luna, alumbrá el sol, y las estrellas brillan.» Así en la humilde grama reclinado, vuelta al cielo la frente envanecida soñaba el hombre, y de natura toda señor, árbitro y dueño se imagina.

En la copa de un álamo cercano una águila caudal posaba altiva; tal como ardiendo el rayo entre sus garras al pié de Jove se ostentará un día: ¿Quién como yo? (con su ademán clamaba)

las aves por su reina me apellidan; si me place abatirme hasta la tierra, cruzo de un vuelo la región vacía, y el rumor de mis alas al ganado y al misero pastor atemoriza; si me place remontome hasta el cielo; clavo en el sol la penetrante vista y la nube que aterra al débil hombre miro bajo mis plantas suspendida.

Al pié del árbol mismo entre la yerba, la luciérnaga apenas relucía; mas no menos sus títulos de gloria recordaba á la par desvanecida: «Los prados me dió el cielo por recreo,

las flores por morada y por delicia: para mí sola el céfiro las abre, las tife el sol, y el alba las rocía: me apaciento en la tierra como el bruto; las alas bato como el ave altiva: doy luz al hombre que camina á ciegas, y alguna estrella mi esplendor envidia.»

Entre tanto los astros lentamente por el cielo su curso proseguían; la tierra reposaba silenciosa, el mar en la ribera se dormía. Mas con un soplo el viento mecía el árbol, y el águila ahuyentó desfavorida; desgajose una rama, y turbó el sueño del que señor del orbe se creía; y al miserable insecto hundió en el polvo una hojilla del árbol desprendida.

Martinez de la Rosa.

Crónica

Cada día recibimos avisos de católicos fervientes para que no cejemos en combatir el asqueroso é infernal vicio de la blasfemia. No se puede pasar por las calles de nuestra ciudad, sin que se oigan horribles blasfemias, no sólo salidas de la boca de hombres, sino, lo que es más triste, de niños de ocho y diez años que no han recibido la primera Comunión y para mayor escándalo, como no ha muchos días sucedió, en un lugar público y céntrico, cual es la Plaza de la Constitución. Nos lo ha referido una persona que nos merece crédito, y que presenció como uno de los mozalvetes que estaban tendidos sobre un montón de arena, pronunció una horrible blasfemia al pasar un Sacerdote, quien se paró para darles una corrección caritativa. No había dado cuatro pasos el Ministro del Señor cuando oyó nuevas blasfemias repetidas á coro por aquellas lenguas maldicientes.

Esto no puede continuar así, Sr. Alcalde. Esto deshonor á nuestra culta y católica ciudad, habiendo medios como hay para evitar un vicio tan infame. ¿No tiene á su disposición la Autoridad el Código penal y los vigilantes de la moral pública para imponer las penas que la ley señala contra los blasfemos? Todos los extranjeros, que tengan una mediana educación, se escandalizan de oír esas lenguas infernales.

Es uno de los más grandes pecados que tiene nuestra Nación y que atrae sobre ella la cólera divina. Van á venir mayores males de los que padecemos, si no se destierra de España ese lenguaje, propio solamente de demonios y condenados.

¡Ay de los escandalosos! pero ¡ay también de los que, pudiendo y debiendo por

razón de su cargo, no evitan los escándalos!

Y allá va un dato más para que nuestras autoridades se convenzan de que no ponen remedio ó tan grave mal porque no les da la gana.

Leemos: «El Gobernador civil de la provincia de Pontevedra, Sr. Cojo Varela, ha publicado en el Boletín Oficial una importante circular contra la blasfemia, encargando á los dependientes de su autoridad procedan con todo celo y energía á la persecución de tan vergonzoso vicio.»

—Recomendamos á nuestros amigos el Colegio de 1.ª enseñanza que tan acertadamente dirige nuestro particular amigo don José Fortuño, cuyo anuncio se inserta en la 4.ª plana de este número.

—El fotógrafo Sr. Masdeu, ha tenido la amabilidad de enviarnos la serie 1.ª de tarjetas postales ilustradas con vistas tortosinas.

Es un trabajo de exquisito gusto que hace honor al ya acreditado taller del señor Masdeu y que recomendamos á los coleccionistas y á los aficionados á ese medio de comunicación.

—El Colegio de 1.ª enseñanza que con tanto acierto dirige nuestro particular amigo el ilustrado Profesor don Manuel Montagut Pallarés, se ha trasladado á la calle de Mercaderes número 3, piso 2.º

—Hemos tenido el gusto de saludar á nuestros queridos amigos y paisanos Reverendo doctor don Bernardo Vergés y don Antonio Serveto, procedentes de Barcelona y Madrid respectivamente, quienes estarán en su país natal hasta que transcurran las fiestas de la Cinta.

Sean bienvenidos.

—Se están haciendo los preparativos necesarios para el banquete que se dará en obsequio de Querol. A tenor de lo acordado en la reunión que el domingo se celebró en el Teatro del Baleario, se han abierto listas en todas las sociedades, casinos y cafés, y á estas horas es tan considerable el número de los inscritos, que estamos más que satisfechos, viendo el entusiasmo con que los tortosinos se preparan para honrar á nuestro Ilustre paisano. Otro tanto ha de suceder en el recibimiento que le tribute mos, y sobre todo en el acto de la procesion, que es lo que más agradecerá Querol.

El sábado próximo, con el tren de Valencia que pasa por nuestra Estación á las 5 y 1/2 de la tarde, llegará á esta.

Repetimos nuestra primer arenga: ¡Tortosinos, sepamos honrar á Querol!

Imprenta de FOGUET, Plaza Hospital, 5.

fuyó siempre en los asuntos carlistas, hasta que tuvo que emigrar á Francia poco después de ser nombrado General en Jefe de los carlistas el General Maroto.

Terminada la guerra con el Convenio de Vergara, volvió el Sr. Obispo Abarca á reunirse en la emigración con D. Carlos, á quien siempre sirvió con acrisolada lealtad.

LXXIV.

Excmo. Sr. don Joaquín Quilez.

Nació en Samper (Teruel) el año 1799; fué Oficial de la Guardia Real de Caballería de Fernando VII; en Enero de 1833 fué separado del Ejército por sus ideas anti constitucionales; cuando el Brigadier Barón de Hervés proclamó á Don Carlos en Morella, el Sr. Quilez se puso inmediatamente á sus órdenes; batióse en Calanda, ocultóse después de dicha derrota, pero á los pocos meses se lanzó á campaña al frente de una partida de 400 aragoneses con los que se unió al Brigadier carlista Carmier; distinguióse en los combates de Mayals, Cruz de la Saboya, Bateá y Fornoles y en Enero de 1834 era ya Coronel y mandaba mil doscientos hombres con doscientos caballos.

El Coronel Quilez hizo varias felices correrías por la cuenca del Guadalupe, asistió á las acciones de Allozu, Mosqueruela, Caspe, Santa Olea, Maella y Aznara. Ganó la Cruz de la Orden de San Fernando venciendo en Paebia de Arenosa á los liberales, atacó y tomó, con el Coronel Serrador, el pueblo de Cuevas de Vinromá; se apoderó del fuerte de Horcajo y de los pueblos de Ortello, Villóres, Palanques, Beceite, Valderróbles y el fuerte de Castellote, rindiendo sus guarniciones; venció, un unión del Coronel Serrador, al Brigadier Noguerras en Muniésa y ganó el enforchado de Brigadier en la acción de Terrer, cuya victoria carlista debióse á una impetuosa carga dada por el Coronel Quilez á la cabeza de su Caballería.

También mandó la Caballería carlista en la acción de Molins contra el General Palarca, por quien fué vencido el Brigadier Quilez poco después, en Enero de 1836; asistió al ataque del fuerte de Mora de Ebro y al sitio de Gandesa.

LXXII. Excmo. Sr. D. Rafael Tristany.

Descendiente de noble familia nació en Ardevol en 1814; á los 14 años de edad ingresó en las filas carlistas; asistió á los combates de Serraseca, Suria, Torá, Funallosa, Sos, Llanero, Manresa, Matamargo, Berga, Gerri, Bruch, Prats de Llusanés, Hospitalets de Cervera, Calaf, Casa Massana, Tona, Estany, Ladurs, Pont de Alviás, Solsona (en cuyo asalto ganó la Cruz de la Orden de San Fernando), Salellas y Granera; ascendiendo á Subteniente en Abril de 1834, á Teniente en Julio del mismo año, á Capitán dos meses después, á Comandante en Noviembre del citado año y á Teniente Coronel en Setiembre de 1835.

También tomó parte el Sr. Tristany en la acción del Boix de Llubera y en la batalla de Biosca, en la que recibió una herida que le valió la segunda Cruz de la Orden de San Fernando.

Cuando el General Cabrera entró en Francia, el Teniente Coronel Tristany se quedó escondido en España; lanzóse de nuevo á campaña en 1847; ascendió á Coronel al año siguiente y á Brigadier en 1849; desempeñó los cargos de Comandante General de las provincias de Barcelona y Lérida, asistió á los combates de San Felip de Saserra, Cervera, Tarrasa, Suria, Cuiñé, Mousonés y Puigcarnau, después del cual llegó á mandar el Brigadier Tristany una columna de dos mil hombres, al frente de cuya fuerza dirigió las acciones de Figuls, Sampedor, Pont de Armentera (en la que destruyó al enemigo), Villanueva de Prades, Berga (de cuya plaza se apoderó), Sallent (en donde también venció á los liberales), Igualada (cuya guarnición hizo prisionera), Panadella, Funallosa, Postazgo de Jorba (cuya guarnición tuvo que rendirsele), San Salvador, Prades (de cuyo fuerte se apoderó) y Aviñó, en donde cogió prisioneros al Brigadier Manzano y setecientos liberales más entre jefes, oficiales é individuos de tropa. Después de entrar en Cardona y de sostener una acción en Pinós, emigró al fin á Francia el Brigadier Tristany el 18 de Mayo de 1849.

El día 18 de Julio de 1855 entró otra vez en España el Brigadier Tristany, y al frente de 200 hombres se sostuvo en Cataluña por espacio de un año.

TALLER DE ESCULTURA
— DE —
Mariano Martí
Calle de S. Antonio núm. 12 (vulgo Bosch)

Se construye en este taller toda clase de escultura en mármol, piedra, madera, yeso y barro.
Panteones, cruces, chimeneas, pilas y especialidad en lápidas de 15 á 500 pesetas.
También se hace todo encargo de taller para ebanistería.
Hay varios muestrarios que se envían á qui n lo solicite.

HOJALATERIA DE
Eduardo Lluch
Plaza de la Catedral.
MECHERO UNIVERSAL

Con dicho Mechero se obtiene una luz tres veces mayor que la del gas ordinario y un 55 % de economía.
Se colocan manguitos para toda clase de incandescencia por gas.
No comprar sin enterarse de los precios á que vende.

RELOJERIA
DE
Angel Costa
Calle de Taulés Velles junto á la Catedral

Completo y abundante surtido en relojes de plata, acero y níquel desde 10 á 100 pesetas.
Composuras de todas clases con prontitud y perfección.
Se garantizan por un año.

Sombrerería «LA ECONOMICA» de

Antonio Delsors
—3, Ciudad, 3—TORTOSA.

En esta acreditada casa se acaba de recibir un rico y extenso surtido de sombreros y gorras de última novedad, procedentes de las mejores fábricas del país y extranjero, á precios baratísimos.
Se hacen toda clase de composuras en dicho ramo.
No comprar sin antes visitar dicha casa.
—3, CIUDAD, 3—

Taller de escultura
Carlos Beltri Pauli
(ANTES IGNACIO BELTRI)

En este taller se construyen toda clase de imágenes y adornos para decorado en madera, mármol y toda clase de piedras.
Especialidad en trabajos para cementerios.

CLASES DE DIBUJO
ROSA 18, TORTOSA.

Gran sastrería Iberica
BUENAIRE, 16 y 18 y MONCADA, 7

GRAN SURTIDO DE GENEROS A MEDIDA PARA LA PRESENTE TEMPORADA.

ESTAMBRES DE TODAS CLASES Y PRECIOS
Chiviots, Armures, Gergas, Driles, Alpacas, Panas, y Piques.
Gran surtido de toda clase de prendas hechas, para caballeros y niños.
Especialidad en el corte y baturra sin competencia.

HIPOFOSFITOS CLIMENT
SALUD
CURA la Anemia, Tisis, Debilidad, Escrófula, Inapetencia.
Exigirse el legítimo jarabe marca **SALUD**
ÚNICO aprobado por la Real Academia de Medicina.

GRAN FABRICA DE BEBIDAS GASEOSAS DE

Enrique Zaragoza
San Blas, núm. 11, Tortosa

FABRICACION MODERNA
Productos elaborados con el bicarbonato de sosa puro

Generos existentes
Limonadas gaseosas elaboradas con el bicarbonato de sosa, clase 1.ª á 10 pesetas 100 botellas.
Id. id. clase 2.ª, á 8 ptas. id. id.
Id. id. clase 3.ª elaboradas con todos los sistemas concidos, á 7 ptas. las 100 botellas.

Zarz-parrilla verdad con esencia pura clases 1.ª y 2.ª.
Brea Munero con esencia.
Cerveza Vitter, Vermohüt, e gran pureza y cervezas extranjeras de varias clases.
Se elaboran también de encargo tanto en botellas como en sifones, los siguientes aperitivos: Amer-Picón, Absenta alemana tónica y etc., etc.
Se hacen encargos de toda clase de bebidas refrescantes.

Librería Religiosa Científico y Literaria
DE

FRANCISCO MESTRE
Misales, Breviarios, Diurnos, Libros de texto.
para primera y segunda enseñanza
ROSA, 11.—TORTOSA.

Juan Estorach
ANGEL 30, TORTOSA

Abonos químicos para cultivos diferentes
PRIMERAS MATERIAS GARANTIZADAS
Cloruro de potasio 80 á 85 % pureza, 52 % potasa.—Nitrato de sosa á 95 % pureza, 15 16 % azoe.—Sulfato amoníaco 20-21 % pureza á 24-25 % amoníaco.—Sulfato de hierro polivo fino.—Superfosfato de cal mineral á 18-20 % ácido fosfórico soluble.
Se sirven todas las fórmulas garantizadas y con gran economía

Colegio de 1.ª Enseñanza
DEL
CÍRCULO DE ARTESANOS

DIRIGIDO POR
D. José Fortuno Rosés

MAESTRO SUPERIOR
Enseñanza elemental, superior y de párvulos. Honorarios módicos. A los Sres. Socios, hijos ó parientes, mitad de cuenta. Las clases darán principio el día 1.º del próximo mes de Septiembre.
Para informes dirigirse al Director.

Relojería CLIMENT

Los que deseen un reloj de inmejorables condiciones y de verdadera precisión comprénlo en esta casa.
Marcas de verdadero renombre «Omega» «Longines» «Regulador D. G.» «Roskoff» «Lenzcrich» «Jeamot» y otros.
Calle de la Rosa, 3.—Tortosa.

ANTIGUA RELOJERIA DE D. JOSE GREGO VALLS.

REGALO
A LOS SUSCRITORES DE LA LIBERTAD

CAMPAÑA DEL NORTE DE 1873 A 1876
POR
DON ANTONIO BREA
Importante obra histórico militar, 525 páginas en 4.º mayor, ilustrada con 110 grabados.
Su precio es de 6 pesetas, pero los suscriptores de LA LIBERTAD pueden adquirirla en la Administración de este periódico, al precio de 3 pesetas.

En 1861 ofreció sus servicios al Rey Francisco II de Nápoles, quien le nombró Comandante General de los Abruzzos; al mando de tropas napolitanas obtuvo las victorias de Monte Cataldo, Campo de Melle y Castellonuovo, pero al fin cayó prisionero y fué conducido á Francia.

El General Tristany volvió á Cataluña en Mayo de 1872 con el cargo de Comandante General del Principado; sostuvo una ventajosa acción en las Presas; rindió las guarniciones de San Felix de Pallarols, San Hilario, Toradell y Salella; tuvo un encuentro con los liberales en Llacuna y venció á una columna de Guardias Civiles en Sanahuja.

Al encargarse D. Alfonso de Borbón y de Este del mando en jefe de los carlistas catalanes, confirióse la Comandancia General de Lérida y Tarragona al General Tristany, quien en 1873 asaltó la Poble de Segur; rindió la guarnición de Gerri; copó en Sanahuja un Escuadrón de Lanceros de Calatrava y 125 milicianos nacionales; fué agraciado con la Gran Cruz Roja del Mérito Militar; asistió al asalto y toma de Igualada y á la victoria carlista de Caserras; destruyó en Prades la columna del Coronel Maturana, muriendo éste en la acción y cogiendo los carlistas un cañón, numeroso armamento y gran número de prisioneros.

En Noviembre de 1873 ascendió D. Rafael Tristany á Teniente General; durante el año siguiente asaltó á Vich, apoderándose en dicha ciudad de un Batallón, un Escuadrón y dos cañones Krupp; tomó á Manresa, cogiendo allí otro cañón; entró en Vendrell, tomando allí dos cañones más, y cerca de Cardona obtuvo otra victoria en la que se apoderó de un cañón Plasencia.

En Marzo de 1875 pasó el General Tristany al Norte con el cargo de Jefe del Cuarto Militar de D. Carlos con quien asistió al sitio de Guetaria, y por quien fué agraciado en Junio de dicho año con la Gran Cruz de la Orden de San Fernando.

En Noviembre de 1875 fué nombrado Capitán General de Cataluña el General Tristany, para procurar reanudar la guerra en el Principado; pero no pudo esto realizarse y el General Tristany vivió ya emigrado hasta su fallecimiento, ocurrido en Lourdes el día 17 de Junio de 1899.

LXXIII.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Joaquín Abarca Obispo de León.

Nació en Huesca en 1781; graduóse en Madrid de Doctor en Derecho Civil y Canónico; ejerció con lucimiento la carrera de Abogado; hizose más tarde Sacerdote; obtuvo por oposición la Dignidad de Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Tarazona; cuando la guerra de la Independencia redujéronle á prisión los franceses en la cárcel de Zaragoza.

En 1822, cuando el Gobierno constitucional desterró al señor Obispo de Tarazona, el Cabildo capitular de dicha diócesis eligió al Doctoral Abarca para el gobierno interino de la misma; pero tuvo que emigrar á Francia á causa de las persecuciones de que fué objeto por parte de los liberales.

En 1824 fué preconizado Obispo de León el Sr. Abarca, quien al año siguiente pasó á Madrid llamado por Fernando VII para tenerle á su lado con el cargo de Consejero de Estado, en el desempeño del cual prestó eminentes servicios que fueron recompensados con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III.

Al encargarse D.ª María Cristina de Borbón del Gobierno del Estado por enfermedad de Fernando VII, cesó el Sr. Obispo de León en el cargo que ejercía en la Corte; volvió á su Diócesis; dirigió en 1.º de Junio de 1833 una extensa carta á Fernando VII rogándole que suspendiese la jura de D.ª Isabel como Princesa de Asturias, lo cual le obligó á ocultarse en un rincón de su diócesis, y cuando falleció Fernando VII emigró á Portugal en donde D. Carlos le nombró su Ministro Universal.

Cuando D. Carlos entró en España en 1834, el Sr. Obispo de León trabajó infatigable en Francia é Inglaterra en favor del Carlismo, y al cesar D. Juan Bautista Erro en el cargo de Ministro Universal de D. Carlos, nombró éste un nuevo Ministerio cuya Presidencia confirió al citado Sr. Obispo, confiándole además la Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, y encargando de las de Guerra, Hacienda y Negocios extranjeros; respectivamente, al General Cabañas, á D. Pedro A. Labandero y á D. Wenceslao Sierra.

También ejerció el Sr. Obispo Abarca en el campo carlista el cargo de Delegado Apostólico y Vicario General Castrense é in-